



Hermana Marta Ibáñez Valdebenito:

“Siempre he sentido que mi bautismo fue la primera señal para mi vocación”

Una mirada profunda, inquieta y al mismo tiempo serena, acompaña el rostro afable de la hermana Marta Cecilia Ibáñez Valdebenito, quien quiso compartir su vida, su vocación, sus convicciones, y

el servicio apostólico y evangelizador que donó en dos periodos a la Iglesia osornina, antes de iniciar su camino, este martes 8 de marzo hacia Colombia, lugar de la nueva misión que le fue encomendada a la Religiosa Terciaria Capuchina de la Sagrada Familia.

Hija de Rosa Ester Valdebenito y Darío Segundo Ibáñez, es la tercera de cuatro hermanos: Luz María, Luís (Q.E.P.D), Marta Cecilia y Alberto, es oriunda de la ciudad de Collipulli, en la Región de Los Ríos, donde vivió junto a su familia hasta los siete años, y luego del fallecimiento de su madre, fue trasladada hasta Concepción para vivir junto a sus padrinos: Blanca Valdebenito y Rubén Saavedra.

Vida Familiar

El relato de la hermana Marta se inicia desde la primera infancia, y con una gran aseveración: *Siento que el Señor me ha acompañado desde siempre*. Esto que: **desde el vientre te llamé**, siento que pasó conmigo. Fui bautizada en la Vigilia Pascual, y siempre he sentido que mi bautismo fue la primera señal para mi vocación, por lo que la vida Sacramental me ha marcado mucho.

En la parroquia San Juan Matta de Concepción fue el único templo que encontraron mis papás para bautizarme porque todas las parroquias tenían su programa de Semana Santa. Después de haber recorrido la ciudad buscando un lugar, alguien les dio el dato y llegaron allí, donde el párroco estaba en el atrio del templo rezando que llegara un bebé y poder bautizar ese día, bueno llegué yo, me inscribieron, y en la noche fue la celebración.

¿y cuál era el apuro del sacerdote?

Ah, porque él necesitaba bendecir la Pila Bautismal.

Y, ¿porqué dice que la vida sacramental la marcó?

Porque en su homilía, el padre dijo que esa niña que estaba bautizando: “iba a ser muy feliz”, y cuando me contaron, esa frase me resonaba, pero Negativamente, porque Dios se llevó a mi mamá cuando yo era una niña, quedamos cuatro hermanos chicos, un papá de 30 y tantos años con cuatro hijos.

Entonces, con la muerte de mamá me fui a Concepción, porque el Señor me regaló una segunda familia, que fueron mis padrinos y ahí viví hasta que llegué a la Congregación., y con esto de la niña feliz, yo me preguntaba ¿cómo puede ser una niña feliz si no tiene a su mamá? Fue duro y tiempo de muchas interrogantes en mi niñez y en mi juventud, e hizo eco cuando me consagré.

Sin embargo, al mirar la historia ya grande, descubro que en todo momento Dios estuvo ahí conmigo, acompañándome; me regaló esta nueva familia, posibilidad que mis hermanos no tuvieron, hice todos mis estudios, y ellos no pudieron, entonces hubo muchos cuidados para mí.

Yo era muy apegada tanto a mamá como a papá, y vivía atrás de mi mamá todo el día, y llegaba mi papá y me olvidaba de ella, yo era la que me “embraceaba” la que comía de su plato, la que lo esperaba con la fuente de agua para que se remojara los pies, fui muy regalona de papá. Fue una experiencia muy linda, pero también de soledad porque cuando me fui a Concepción a vivir con mis padrinos, ya no los veía a ellos.

Vida de fe

Mis padrinos eran católicos, vivían cerca de una parroquia, y participábamos todos los domingos de la misa. Mi papá nunca me llevó a la Iglesia, pero me marcó su idea fija de que yo hiciera la Primera Comunión, pero nunca motivó en ello a mis hermanos. A mí, siempre me atrajo Dios, y toda la vida me llevaba de la mano, era como un imán.

De muy niña nosotros teníamos que cruzar todo el pueblo, en Collipulli, para ir a la escuela, teníamos que pasar por la plaza central, y mi hermano más chico quería pasar a jugar porque había unos tanques, unos cañones, él fascinado jugando en eso, yo también, y después caminábamos por la orilla de la pileta, pero hacíamos un “troche” (un cambio), yo lo acompañaba a jugar, y le decía: pero después pasamos a rezar.

Al frente estaba el templo, siempre abierto, entonces

jugábamos un rato, y nos íbamos a la parroquia, ¿qué decíamos? no recuerdo nada, pero era algo que no podía faltar. Esa era nuestra rutina diaria. Después yo me vine a Concepción, y me invitaron a prepararme para la Primera Comunión, lo que me marcó muchísimo hasta el día de hoy.

El día que hice este Sacramento, estábamos todos nerviosos, y recibí la Comunión, fue una sensación tan especial que lloré como una “magdalena”, porque no podía entender ¿cómo, Dios, podía entrar en mí?.

Nacimiento de su inquietud

En ese periodo yo vi una foto de mi prima mayor, que había hecho su Primera Comunión y la acompañaban dos religiosas, y esa foto es la primera imagen que tengo de Vida Religiosa. Le pregunté a mi prima: ¿Quiénes son ellas?, ¿Qué hacen? Y me dice: “ellas se consagran a Dios, son las esposas de Jesús, se entregan”. Que lindo dije yo, quiero ser cómo ellas.

Ahí me acordé que cuando vivíamos con mamá todavía, en mi pueblo estaban los franciscanos cerca de donde yo vivía, y me acuerdo que íbamos caminando, y fuera del convento habían dos frailes, y nos hicieron señas para saludarnos, y eso fue muy lindo, que alguien especial te salude, me quedó esa imagen, y cuando vi a esas monjitas, me acordé de eso, y así siguió.

Siempre tuve esa sensación de que había algo más, y cuando mi tía me contó la historia de mi bautizo, era una contradicción que experimentaba entre lo que me decían y la soledad, la ausencia de mamá. Durante todo ese tiempo fui discerniendo, sin buscar ayuda porque era extremadamente tímida.

Así se fue gestando, después llegó el momento de la confirmación, y otra oportunidad de volver a encontrarme con esto de que: Jesús llama, que pasa, mira y envía, y yo siempre sentía que me lo decía a mí, pero yo no era capaz de arrancar; iba a los retiros, al Mes de María, preparaba el Mes de María para los niños de Confirmación.

Era de las poquitas jóvenes que estaba en el grupo. Tenía clases en la mañana en el liceo, y yo iba antes al Mes de María y a la Eucaristía para alimentar mi espíritu, y en la tarde iba con los niños y sus madres a la celebración. Entonces en eso nos enriquecíamos el grupito de jóvenes que estábamos ahí, y así fue gestándose más maduramente mi vocación.

Los signos de su vida en el llamado

En mi vida hay muchos signos, pero uno fue el definitivo: Un día mi primo llevó un libro de San Francisco: El Hermano de Asís, entonces le dije que cuando terminara me lo prestara, y cuando lo terminé de leer me sentí tan interpretada en lo que yo experimentaba, quería vivir eso, quería disfrutar de lo que Dios había hecho y sin complicarme la vida como lo hizo Francisco, y dije: si alguna comunidad religiosa o un grupo de mujeres vive esto, yo allá me voy, eso es lo que quiero.

En la básica ya estaba clarísima que quería ser religiosa, yo no quería ir al liceo, sino al convento, pero mi tía me dijo: si usted no estudia no la van a recibir en ningún lado, y esa fue mi motivación para seguir estudiando en el liceo técnico. Estudié corte y confección, y pensé: si no me aceptan porque no tengo vocación por lo menos estar en el convento para hacerle los vestidos a las monjitas, la cosa era estar ahí.

Un día el padre dijo: “hay una comunidad religiosa que va a hacer una experiencia en una población, y después vendrán a conocer acá, entonces recen para que se queden en una de las dos comunidades”. Yo estaba en cuarto medio y dije: Señor: *si tú quieres que sea religiosa entonces que se vengán acá*. Yo escuché clarito que el padre dijo que en la otra comunidad lo tenían todo para quedarse, acá no teníamos capilla, ni casa para ellas, por lo tanto, no era posible, que ocurriera eso.

Pasó el tiempo, fui a la misa y el padre: “se acuerdan que les conté que las monjitas vinieron a conocer nuestra parroquia”; todos: “sí padre”. Entonces: “les tengo una buena noticia; si fueron a conocer la comunidad de Jesús Resucitado en población Villa Nonguén, pero les encantó nuestra comunidad, y se quedan con nosotros”, y al finalizar la Misa, el padre dijo: “Señorita Cecilia, le toca cuidar y acompañar a las monjitas”.

Y ¿qué pasó con usted entonces?

¡Ay, Dios mío!, lo único que quería que ese piso se abriera y la tierra me tragara. Yo decía no soy capaz, no soy capaz, no puede ser, era mentira yo no estaba hablando en serio, yo sentí que se me acababa la vida, sentí tanto miedo, me fui para la casa. Tenía 16 o 17 años.

¿A qué le tenía miedo?

A dejar la casa, a salir, a arriesgarme, a seguirlo. Yo sabía, en mi mente y en mi corazón estaba, pero no era capaz. En ese tiempo estábamos dichosos porque ya se estaba construyendo el templo, y yo digo que el Señor es travieso, compraron el sitio para la capilla al lado de mi casa y finalmente las religiosas vivían ahí, entonces yo de mi patio, casa de dos pisos, desde la

ventana veía a las monjitas cuando salían. Todo ahí mismo, el Señor todo me lo puso ahí en frente de mi, entonces era sí o sí.

Un buen día una amiga fue al templo a contar su experiencia en una congregación, y yo sentía: “es ahí donde tú tienes que estar, ese es tu lugar”. Sentí que algo se desataba, así es que empecé a hacer las gestiones; fui, conocí a las hermanas, eso fue como que se abrieron puertas. Las religiosas eran franciscanas, y trabajaban en un hogar de niñas en riesgo social.



El día que salí a hacer la experiencia, a fines de octubre del año 86, fue el gran día que me marcó, salí de casa ya para siempre. Me fui a Penco, y no fui capaz de decirlo en mi familia, aunque ellos desde siempre supieron que quería ser religiosa, y solo dije: *“quiero ir a conocer a las monjitas, entonces voy a ir a estar unos días con ellas”*, pero tenía claro que era irme, para quedarme.

Salí temprano, y cuando iba lejos de la casa, cuando había salido de la población, miré hacia atrás y sentí que esa mochila que llevaba se alivianó y esa angustia de dejar a la familia, de arriesgarme, ese miedo que tenía, ahí algo se desato en mí, se aflojo y sentí esa libertad y ese gozo de dar el paso.

Hermana, y ¿ese proceso con quien lo vivió?

Me acompañaron mis padrinos, y mis primos: Gloria, Roberto, Teresa, Ana y Rubén que a la larga fueron también mis hermanos. Mi papá y mis hermanos estaban en el pueblo, yo los veía una vez al año, y cuando les conté se asustaron, “estás loca, cómo se te ocurre”, pero me apoyaron, no entendían mucho pero sí fueron capaces de acompañar.

Ellos me vieron ya de religiosa, porque todo el proceso formativo fue fuera de Chile. Primero hice el postulante y la experiencia en un pueblito maravilloso: Santa Rosa de

Calchine, que queda en la región Santa Fe, en Argentina, donde estuve tres años, de ahí fui a Medellín, Colombia a hacer el noviciado. También estuve tres años e hice la experiencia en un barrio popular que marcó mucho mi vida desde el acompañamiento al sufrimiento de la gente porque era la época más violenta de allá y el miedo era horrible.

Profesé en Colombia, y fue una experiencia maravillosa, de mucha trascendencia, muy intensa, yo sentí que el día de mi consagración fue como tocar el cielo, y desde entonces mi vida, mi servicio es de entrega absoluta a cada una de las misiones que el Señor y mi congregación me confían, y pongo mi mejor esfuerzo en ello.

Hablemos de Cómo llega Diócesis de Osorno

El día que me acerqué a la congregación la primera vez, me dijeron: como familia franciscana somos itinerante, estamos un tiempo en un lugar, hay una autoridad, nosotras tenemos que estar disponibles. Hice mi profesión en Colombia en el año 90, y primero me enviaron a un colegio, y luego hice una experiencia a una población, y aprendí que tenía que estar disponible y donde uno está, tiene que hacer el bien.

Después me enviaron a Argentina nuevamente y luego a Chile, y estaba en Peñaflor cuando me mandaron a Rupanco, en el 94, hasta el 98 más o menos. Me quedé encantada con el paisaje, con que era un servicio pastoral rural, y bueno el trabajar con la gente, el ver las necesidades, y caminar tantos kilómetros hasta las comunidades, el camino sin pavimentar, hasta provocaban dolor de rodillas, pero al conocer a la gente, te desarma, el ver el rostro, y el gozo de la gente de verte una vez al mes, y de caminar kilómetros para estar ahí, todo lo demás es secundario.

Había comunidades muy pobres y distantes, donde la gente llegaba con mucho sacrificio para celebrar la eucaristía una vez al mes, entonces ¿cómo uno no iba a ir? ¿cómo uno no se iba a disponer? Aquí nos recibió el padre Oscar Escobar, él era el párroco en ese momento, y acompañó mucho a las religiosas y se hizo un bonito camino de comunión, de ayuda mutua, y después, también fue él quien nos acogió en Francke.

Nosotras vivíamos en la casa parroquial, una construcción antiquísima, entraba un chorro de viento por todos lados, pero el lugar, el espacio, era muy lindo. Había doce o trece comunidades rurales, fuera de la central, y nos repartíamos, para ir una vez por mes a cada una. También preparábamos a la gente para celebraciones especiales: Semana Santa, Navidad, y mensualmente nos reuníamos con las catequistas para fortalecer los vínculos y tener elementos de formación.

Así es que el trabajar con ellos fue una experiencia muy linda



de misión, de entrega. Me tocó la reparación del campanario y algunos arreglos, había gente muy colaboradora, un consejo económico muy organizado y un equipo de catequistas, luego surgieron también acólitas, y una de ellas hoy es novicia en las Carmelitas Descalzas.

Hubo familias muy integradas, un compromiso permanente, pero eso de a poquito se fue diluyendo, la gente se empezó a ir debido a los problemas que hubo a nivel de la Administración. Luego, las dos hermanas que me acompañaban eran Junioras, hicieron su discernimiento y una de ellas regresó a la comunidad y la otra volvió a su casa. Eso nos llevó a cerrar definitivamente Rupanco.

Fue muy dolorosa la salida de esa comunidad. A mí me tocó cerrar esa casa, pero también tuve la alegría de abrir la presencia de las Hermanas Capuchinas de la Sagrada Familia aquí, en Francke.

Segunda experiencia en la Iglesia Osornina

Como yo era la superiora de mi comunidad en Rupanco, me tocó abrir nuestra casa en Francke. Cuando estaba el obispo René Rebolledo, vino la hermana provincial, él habló con ella, se entusiasmó así es que me tocó venir a Osorno con la hermana Gabriela Saavedra. Después participamos en un encuentro de personal apostólico y monseñor dijo: “bueno hermana, vamos a ver la casa”, y vinimos a ver cómo estaba, en qué condiciones.

Me tocó entonces instalar esta comunidad, y caminamos así dos años con ambas misiones, en la Administración y en la ciudad. El segundo año, como la hermana se fue, y no había hermanas que vinieran a apoyar, me tocó estar sola unos seis meses antes

de irme.

Me mandaron a Penco, en la Octava Región. Teníamos allí un hogar de niñas, donde había 40 niñas del Sename, a si es que ahí estuve hasta el 2010. Luego me mandaron a Peñaflor, ahí fui elegida Superiora Vice-Provincial, la autoridad de la demarcación que teníamos en Chile, donde serví a mi Congregación por seis años, antes ya había sido Vicaria, había sido Consejera, entonces desde cuando yo estaba en Rupanco, ya era parte del Consejo.

Bueno, estaba en Peñaflor, y mi tarea como Superiora Vice-Provincial, era acompañar a las hermanas, su misión en los tres países en que estábamos nosotras: Paraguay, Argentina y Chile en ese periodo. Y estando en dicha localidad, hubo todo un cambio congregacional de reestructuración, entonces quedamos con menos presencia, se cerraron casas, hubo una gran cantidad de hermanas que retornó a Colombia, y como demarcación desaparecimos, quedamos dos presencias en Chile como representación de una provincia que está en Bogotá, y a mí me enviaron nuevamente a Osorno.

Nunca he estado distante porque por el servicio que yo prestaba en mi Congregación, venía con relativa frecuencia a visitar a las hermanas, y cuando algún acontecimiento surgía entonces nos reuníamos también, pero a principios del 2018, ya definitivamente me enviaron para acá.

En esta segunda oportunidad, ¿qué labor realizó?

Cuando llegué nuevamente a esta diócesis, ahora a la comunidad de Francke, estaba la hermana Eunice como superiora, pero luego también la trasladaron a Talagante y yo quedé acá. Primero vivíamos en Los Papiros, pero nos cambiamos por la mucha humedad que había en la casa anterior, y ya hace tres años estamos acá, en este sector.

En la comunidad de las Terciarias Capuchinas

Respecto a la labor que realicé, primero mi misión y servicio era como animadora de la comunidad de Terciarias y acompañar a las hermanas.

A nivel parroquial

Apoyar en lo que pudiéramos y nos permitiera el sacerdote. Cuando yo llegué, estaba el padre Cesar Escobar, y las hermanas venían en un sistema de acompañamiento en la parroquia y en las capillas.

Acá hay tres comunidades: San Ignacio de Loyola, que es la comunidad más pequeña; está San Alberto Hurtado y la central que es la parroquia San José, y entonces como había tres hermanas, cada una acompañaba a los grupos de cada capilla.

Seguimos en ese mismo ritmo, y empezamos a hacer ese acompañamiento a los grupos. Yo concretamente desde el principio he estado acompañando más de lleno a la comunidad San Alberto Hurtado.

En esta comunidad hay catequesis, está el grupo de adulto mayor, está la visita a los enfermos, eso es lo que más reiterativamente se entrega como servicio. También cuando la hermana no estaba yo iba a la parroquia porque también allá hay un grupo de adulto mayor, en las actividades que como parroquia se realizan, apoyando toda la parte espiritual.

Y en pandemia ¿cómo trabajaron?

Bueno, me guardé el primer mes de cuarentena y después resonaba en mí que por todos lados había ollas comunitarias, la gente se reunía para repartir, y aquí tenemos un grupo grande de adultos mayores, y me dije “y yo aquí”, entonces con los permisos correspondientes, empecé a visitar a uno por día porque están muy solos, algunos viven en matrimonio, pero no tienen quien los apoye. Después una vez por semana les llevaba la Comunión porque, aun con todas las medidas de prevención, siempre estaba la inquietud o el temor de contagiar.

También, a nivel parroquial, pudimos hacer muchas cosas de manera virtual: El Rosario, el Mes de María, reuniones, y lo que se pudiera hacer porque igual teníamos proyectos realizar encuentros, jornadas, y la última que logramos hacer, así como grande y significativa; fue la venida del sacerdote jesuita, padre Cristóbal Fones, esa jornada la llevamos a cabo en la capilla Padre Hurtado. Después de eso se vino todo lo de la crisis, y luego lo de la pandemia, y todo fue entonces a través de las redes sociales.



Colegio Quilacahuín

Como para ayudarnos con los recursos una de las hermanas era profesora de religión en el Colegio Quilacahuín, el cual nació con los Capuchinos. Ahí estaban apoyando pastoralmente un día a la semana. Entonces yo comencé a tomar eso e iba los miércoles todo el día para acompañar y mantener la espiritualidad.

Estuve cuatro años en el Colegio, y junto al profesor de religión, trabajamos en la catequesis, la confirmación, teníamos los encuentros con Cristo en los grupos, visitas a las familias, trabajábamos con los papás en la preparación de los Sacramentos. Al irse el profesor se debió este proceso.

Después hubo cambio de director, empezamos a trabajar muy bien, pero el 2020 con todos los protocolos y resguardos por la situación sanitaria, las clases se realizaron de manera virtual, entonces durante el 2021 la opción fue visitar a la familia, y yo ya no podía hacer eso, y en mi lugar quedó el padre Oscar Escobar, párroco de San Bernardino de Quilacahuín, después el padre también se enfermó y tampoco pudo continuar.

Entonces me quedé con el servicio de apoyo en la comunidad parroquial. Teníamos en principio Adoración al Santísimo cada miércoles antes de la celebración de la Misa, pero tampoco prosperó mucho tiempo debido al Covid-19.

También realizó importantes servicios a nivel diocesano, ¿qué significó eso para usted?

Para mí fue una riqueza. Primero porque permite ser visible dentro de una diócesis, ya que normalmente las religiosas somos invisibles, y como mujeres también lo somos. Por tanto, el servir desde una labor o misión diocesana fue muy significativo. Antes que llegara el obispo Jorge Concha Cayuqueo, me pidieron ser parte del equipo que preparó la venida de monseñor Scicluna, y eso fue muy importante.

A nivel de Conferre, fue una experiencia muy linda de comunidad, de familiaridad, de compromiso entre las hermanas. Muchas veces no son tan visibles a nivel de diócesis, pero creo que se sentían representadas por mí, y ahí estaba mi responsabilidad: hacer puente, conexión, llevar información y la motivación para que participaran en las celebraciones.

La convocatoria para ser parte de la **Vicaría Pastoral en la diócesis de Osorno**, con el padre Cristian Cárdenas, con el padre Jorge Gómez y con Ximena Alarcón fue una gran experiencia, abrió puertas también. Nosotras, como Religiosas Capuchinas de la Sagrada Familia, somos Congregación eclesial, siempre participando, presentes. Desde mi

familia, de mi Fundador, obispo Luís Amigo y Ferrer, y de mi maestra bebí ese sentido de Iglesia.

Ahí formamos un lindo equipo. Fue una gran oportunidad y una hermosa y enriquecedora experiencia de vida, de vida eclesial, de comunidad porque en las comunidades hay un trabajo, y es nuestra tarea contribuir a la comunión, a un sentido más amplio y mostrar que la Iglesia tiene otros matices.

También todo este “boom” de la Iglesia en el tema de los abusos sexuales fue muy doloroso, y además ser parte de este **Equipo de Escucha**, para recibir las denuncias de las víctimas, fue complejo. Todo para mí fue un gran aporte, una riqueza, el que nos viéramos, el que nos valoraran, el que monseñor Jorge abriera puertas.

Hermana, y ¿Cómo se va de la Diócesis de Osorno?

Con sentimientos encontrados. Agradecida por la oportunidad que se me dio, agradecida con el Señor por los medios, las personas, los acontecimientos vividos con mucha gente muy linda, por la fortaleza que me brindó frente a los obstáculos y dificultades, que no fueron pocos, porque hay que abrir caminos y cuando se abre camino siempre hay piedras de tropiezo porque no has mirado muy bien, porque siento que igual hay aspectos de nuestra vida humana que afloran.

Agradezco a Dios toda la acogida, la aceptación, el impulso que la misma comunidad, que la gente fue dando porque hoy conozco personas de todas las parroquias. Esa valoración por ser religiosa, por ser mujer y que estemos ahí presentes ha sido muy lindo. También por la familia Amigoniana que es una fraternidad de laicos que acompañamos.

Siempre cuesta dejar, y emprender algo nuevo, es un gran desafío. Por eso siempre es desde el Espíritu del Señor, que me ayudó a hacer lo poquito que pude aportar acá, en quien confío que me va a ayudar para realizar lo que hay que emprender allá, en Colombia.



Saludo y agradecimientos de la Hermana Marta

Un saludo afectuoso y mi a Mons. Jorge Concha por su fraternidad y confianza, a todo el personal consagrado por su apoyo, cariño y acogida, a mi párroco, comunidad parroquial, equipo de vicaría, y todos los miembros de las comunidades parroquiales, las áreas apostólicas y movimientos eclesiales.

Gracias por la gran oportunidad de estar presente, de acompañar, de hacerme participe de la misión de la Diócesis de Osorno. El Señor sigue peregrinando en medio de nosotros, de nuestra ciudad y de los campos, como en su tiempo los hizo Monseñor Francisco Valdés. Hoy es tarea nuestra.

La invitación es a subirnos a la barca para que juntos sigamos construyendo este Reino de Dios. Gracias infinitas por ayudarme a ser Iglesia, por enseñarme a vivir y a valorar lo simple, lo maravilloso que es la presencia de Dios en la creación, en la naturaleza, y en cada uno de ustedes.

Me aportaron con su testimonio a fortalecer mi opción por Jesucristo. Gracias por enseñarme a vivir según el tiempo de Dios desde la paciencia y a amar más allá de mis capacidades.

Que María, quien lleva al Niño en sus brazos para entregárnoslo, sea quien les regale la dicha de seguir las huellas de nuestro Señor, muchas bendiciones para todos y cada uno de ustedes, Paz y Bien.